



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 12 de septiembre de 2007

Viaje apostólico a Austria

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero reflexionar hoy sobre la visita pastoral que tuve la alegría de realizar en días pasados a Austria, país que me es particularmente familiar, tanto porque confina con mi tierra natal como por los numerosos contactos que siempre he tenido con él. El motivo específico de esta visita fue el 850° aniversario del santuario de Mariazell, el más importante de Austria, predilecto también de los fieles húngaros y muy visitado por peregrinos de otras naciones vecinas.

Por tanto, fue ante todo una peregrinación que tuvo como lema "Mirar a Cristo": ir al encuentro de María que nos muestra a Jesús. Doy las gracias de corazón al cardenal Schönborn, arzobispo de Viena, y a todo el Episcopado del país por el gran empeño con que prepararon mi visita. Expreso mi agradecimiento al Gobierno austríaco y a todas las autoridades civiles y militares que prestaron su valiosa colaboración; en particular, agradezco al señor presidente federal la cordialidad con que me acogió y acompañó en los diversos momentos de la visita.

La primera etapa fue la Mariensäule, histórica columna en la que está colocada la Virgen Inmaculada: allí tuve un encuentro con miles de jóvenes y comencé mi peregrinación. Después me dirigí a la Judenplatz para rendir homenaje al monumento que recuerda la Shoah.

Teniendo en cuenta la historia de Austria y de sus estrechas relaciones con la Santa Sede, así como la importancia de Viena en la política internacional, el programa de este viaje pastoral comprendió los encuentros con el presidente de la República y con el Cuerpo diplomático. Se

trata de oportunidades valiosas en las que el Sucesor de Pedro tiene la posibilidad de exhortar a los responsables de las naciones a que promuevan siempre la causa de la paz y del auténtico desarrollo económico y social.

Refiriéndome en particular a Europa, renové mi aliento a proseguir el actual proceso de unificación sobre la base de los valores inspirados en el patrimonio cristiano común.

Por lo demás, Mariazell es uno de los símbolos del encuentro de los pueblos europeos en torno a la fe cristiana. ¿Cómo olvidar que Europa es portadora de una tradición de pensamiento en la que van unidos fe, razón y sentimiento? Ilustres filósofos, incluso independientemente de la fe, han reconocido el papel central del cristianismo para preservar la conciencia moderna de derivas nihilistas o fundamentalistas. El encuentro con las autoridades políticas y diplomáticas en Viena fue, por tanto, muy propicio para insertar mi viaje apostólico en el contexto actual del continente europeo.

La peregrinación, propiamente, la realicé en la jornada del sábado 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de María, a la que está dedicado el [santuario de Mariazell](#). Este santuario tuvo su origen en el año 1157, cuando un monje benedictino de la cercana abadía de San Lambrecht, enviado a predicar en ese lugar, experimentó la prodigiosa ayuda de María, de quien llevaba una pequeña estatua de madera. La celda ("zell") en la que el monje puso la estatuilla se convirtió después en meta de peregrinaciones y, en el correr de dos siglos, se construyó un importante santuario, donde todavía hoy se venera a la Virgen de las Gracias, llamada "*Magna Mater Austriae*".

A mí me ha producido una gran alegría regresar como Sucesor de Pedro a ese lugar santo y tan apreciado por los pueblos del centro y del este de Europa. Allí admiré la ejemplar valentía de miles y miles de peregrinos que, a pesar de la lluvia y el frío, quisieron estar presentes con gran alegría y fe en esta celebración, en la que ilustré el tema central de mi visita: "Mirar a Cristo", tema que los obispos de Austria habían profundizado sabiamente en el camino de preparación, que duró nueve meses. Pero sólo al llegar al santuario comprendimos plenamente el sentido de este lema: mirar a Cristo. Ante nosotros se encontraban la estatua de la Virgen, que con una mano indica a Jesús Niño y, en lo alto, encima del altar de la basílica, el crucifijo. Allí nuestra peregrinación alcanzó su meta: contemplamos el rostro de Dios en ese Niño en brazos de la Madre y en ese Hombre con los brazos abiertos. Mirar a Jesús con los ojos de María significa encontrar al Dios Amor, que por nosotros se hizo hombre y murió en la cruz.

Al final de la misa en Mariazell conferí el "mandato" a los componentes de los consejos pastorales parroquiales, que se acaban de renovar en toda Austria. Con ese elocuente gesto eclesial puse bajo la protección de María la gran "red" de las parroquias al servicio de la comunión y de la misión. En el santuario viví, después, momentos de gozosa fraternidad con los obispos del país y la comunidad benedictina. Me encontré con los sacerdotes, los religiosos, los diáconos y los seminaristas, y con ellos [celebré las Vísperas](#). Unidos espiritualmente a María, alabamos al Señor

por la humilde entrega de tantos hombres y mujeres que se encomiendan a su misericordia y se consagran al servicio de Dios. Estas personas, a pesar de sus limitaciones humanas, más aún, precisamente en la sencillez y en la humildad de su humanidad, se esfuerzan por ofrecer a todos un reflejo de la bondad y de la belleza de Dios, siguiendo a Jesús por el camino de la pobreza, la castidad y la obediencia, tres votos que se deben comprender en su auténtico significado cristológico, no individualista, sino relacional y eclesial.

En la mañana del domingo celebré la [solemne eucaristía en la catedral de San Esteban](#), en Viena. En la homilía, quise profundizar de manera particular en el significado y el valor del domingo, en apoyo del movimiento "Alianza en defensa del domingo libre". También forman parte de este movimiento personas y grupos no cristianos. Como creyentes, obviamente, tenemos motivaciones profundas para vivir el día del Señor, tal como la Iglesia nos ha enseñado. "*Sine dominico non possumus!*": sin el Señor y sin su Día no podemos vivir, declararon los mártires de Abitina (actual Túnez) en el año 304. Tampoco nosotros, cristianos del siglo XXI, podemos vivir sin el domingo: un día que da sentido al trabajo y al descanso, actualiza el significado de la creación y de la redención, y expresa el valor de la libertad y del servicio al prójimo. Todo esto es el domingo; mucho más que un precepto. Si las poblaciones herederas de una antigua civilización cristiana abandonan este significado y dejan que el domingo se reduzca a un fin de semana o a un tiempo para dedicarse a intereses mundanos y comerciales, quiere decir que han decidido renunciar a su propia cultura.

No lejos de Viena se encuentra la abadía de *Heiligenkreuz*, de la Santa Cruz. Para mí fue una gran alegría visitar esa floreciente comunidad de monjes cistercienses, que existe sin interrupción desde hace 874 años. Aneja a la abadía se encuentra la Escuela superior de filosofía y teología, que desde hace poco tiempo ha recibido el título de "pontificia". [Al dirigirme en particular a los monjes](#), recordé la gran enseñanza de san Benito sobre el Oficio divino, subrayando el valor de la oración como servicio de alabanza y adoración debido a Dios por su infinita belleza y bondad. No debe anteponerse nada a este servicio sagrado, dice la Regla benedictina (43, 3), de manera que toda la vida, con sus tiempos de trabajo y de descanso, se recapitule en la liturgia y se oriente a Dios. Tampoco puede quedar separado de la vida espiritual y de la oración el estudio teológico, como afirmó con fuerza el propio san Bernardo de Claraval, padre de la Orden del Císter. La presencia de la Academia de teología junto a la abadía testimonia esta unión entre fe y razón, entre corazón y mente.

El último encuentro de mi viaje fue el que celebré con el [mundo del voluntariado](#). Quise manifestar así mi aprecio a las numerosas personas, de diversas edades, que se comprometen gratuitamente al servicio del prójimo, tanto en la comunidad eclesial como en la civil. El voluntariado no consiste sólo en "hacer": es ante todo una manera de ser, que brota del corazón, de una actitud de agradecimiento por la vida, y lleva a "restituir" y compartir con el prójimo los dones recibidos. Desde esta perspectiva, quise alentar nuevamente la cultura del voluntariado. La acción del voluntario no se debe ver como una intervención para "tapar agujeros" del Estado o de

las instituciones públicas, sino más bien como una presencia complementaria y siempre necesaria para mantener viva la atención por los últimos y promover un estilo personalizado en la asistencia. Por tanto, no hay nadie que no pueda participar en el voluntariado: incluso la persona más pobre y desfavorecida tiene seguramente mucho que compartir con los demás, aportando su contribución para construir la civilización del amor.

Para concluir, renuevo mi acción de gracias al Señor por esta visita-peregrinación a Austria. La meta central fue, una vez más, un santuario mariano, en torno al cual se pudo vivir una intensa experiencia eclesial, como una semana antes había sucedido en Loreto con los jóvenes italianos. Además, en Viena y en Mariazell se pudo ver, en particular, la realidad viva, fiel y variada de la Iglesia católica presente en gran número en las citas previstas. Fue una presencia gozosa y atrayente de una Iglesia que, como María, está llamada a "mirar a Cristo" siempre para poderlo mostrar y ofrecer a todos; una Iglesia maestra y testigo de un "sí" generoso a la vida en todas sus dimensiones; una Iglesia que actualiza su tradición de dos mil años al servicio de un futuro de paz y de auténtico progreso social para toda la familia humana.

Saludos

Saludo cordialmente a los visitantes de lengua española. En particular, a las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará, a los peregrinos de las diócesis de Cádiz y de Querétaro, así como a los distintos grupos venidos de España, Argentina, Ecuador y otros países latinoamericanos. Que vuestra visita a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo renueve vuestra fe en Dios y acreciente vuestro amor hacia la Iglesia fundada por Cristo. Muchas gracias.

(En italiano)

Saludo, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Queridos hermanos, el sábado pasado celebramos la fiesta de la Natividad de la Virgen y hoy conmemoramos su Santo Nombre. La celestial Madre de Dios, que nos acompaña a lo largo de todo el año litúrgico, os guíe a vosotros, queridos *jóvenes*, por el camino de una adhesión cada vez más perfecta al Evangelio; a vosotros, queridos *enfermos*, os impulse a aceptar con serenidad la voluntad de Dios; y a vosotros, queridos *recién casados*, os sostenga al construir día tras día una convivencia familiar que se inspire en el estilo de la casa de Nazaret.
